

# Obama y el racismo en EU

Gabriel Guerra Castellanos

Estados Unidos ha ejercido siempre una peculiar atracción sobre el imaginario político y social del resto del mundo. Fascinación o repulsión, encanto o rechazo, lo cierto es que lo mismo grandes pensadores como Tocqueville, que movimientos como el de los liberales mexicanos del siglo XIX o el de los neoliberales del XX; idealistas y fanáticos religiosos, o fundamentalistas y personajes nefastos como Osama bin Laden han estado prendados del imán del simbolismo estadounidense.

La nación que para muchos ha representado los ideales de libertad y democracia, de voluntarismo emprendedor, de integración y movilidad social, para otros es la imagen del racismo y la discriminación, del militarismo imperialista, del capitalismo voraz, de la arrogante ignorancia del mundo a su alrededor y del deseo —malévolo o *naïf*— de imponer su modelo a los demás.

Por todo ello la elección de Barack Obama fue tan significativa, pues ni siquiera los mayores detractores de EU pudieron ignorar o minimizar la relevancia de que en el país más poderoso, ese en el que apenas hace medio siglo los negros eran discriminados abiertamente, el hijo de un padre keniano pudiera llegar a la Presidencia con una copiosa y entusiasta votación. Y no sólo en el resto del mundo, también en EU resultó sorprendente para muchos que, escépticos por naturaleza o por experiencia, dudaban de que a Obama “lo dejaran llegar”.

Pecaron de optimistas e ingenuos quienes creyeron que la sola victoria de Obama, por histórica que fuera, cambiaría de fondo actitudes y prejuicios en EU, no sólo entre los blancos y los negros, sino entre las minorías que conforman el arcoiris, o el *collage*, de la supuesta *melting pot*, esa por demás ficticia olla en que, se dice, se cree, se derriten las diferencias étnicas, raciales y religiosas.

En *Manderlay*, una película del brillante director danés Lars von Trier, la protagonista se tropieza con un pequeño poblado en el sur de EU donde los dueños (blancos) de una finca y sus trabajadores (negros) aparentemente no se enteraron de que 70 años antes se había abolido la esclavitud. Los personajes transitan entre el escepticismo y la confusión ante la voluntad libertadora de la protagonista, quien decide romper las cade-

nas de los esclavos apoyándose en la fuerza que le dan sus propios guardaespaldas, para darse cuenta al final de que las ataduras son mucho más enredadas de lo que parecen, de que los ideales de libertad e igualdad suenan mejor en teoría y que los opresores y oprimidos no son siempre fáciles de distinguir o de separar entre ellos.

La película tocó fibras sensibles en EU, y para muestra la reseña del diario *The New York Times*, supuestamente liberal y de mente abierta, pero

cuyo crítico de cine, Stephen Holder, mostró un nivel de patriotismo y xenofobia más adecuados para Teherán o Zimbabwe. Descalifica de entrada a Von Trier diciendo que nunca ha viajado a EU, como si eso fuera requisito para hacer una película al respecto, y concluye con una frase que pinta no sólo su irritación, sino lo profundo que llega el tema a los estadounidenses que desearían que su país fuera otro: “Esta película profundamente misantrópica y antiamericana insiste en que EU está gobernado por pillos y gánsteres y maldecido por la herencia de la esclavitud, cuyo veneno lo ha permeado hasta la médula...”

¿Por qué le dolió tanto a Holder el filme de Von Trier? Claramente no porque el director sea europeo o porque no conozca Estados Unidos, pero tal vez —y aquí me aventuro en la hipótesis psicoanalítica— porque refleja con una mirada ácida muchos de los prejuicios y estereotipos de una sociedad que quisiera sentir que los ha superado, pero que cada vez que mira al espejo se los encuentra mirándole de regreso.

Más botones de muestra: de acuerdo con encuestas del Pew Research Center, existe un abismo en la percepción de los estadounidenses acerca de la discriminación. A la afirmación de que NO se ha dado recientemente una mejoría en la posición de los negros en EU, sólo 31% responde que es cierta, mientras que 61% opina que no lo es. Suena bien hasta que dividimos las respuestas por raza: sólo 26% de los blancos encuestados cree que es así, mientras que un contundente 58% de los negros opina igual. Lo mismo aplica al tratamiento preferencial para minorías étnicas o raciales: 58% de los negros cree que se deberían hacer todos los esfuerzos para mejorar la situación de las minorías, sólo 22% de los blancos lo cree ([www.pewresearch.org](http://www.pewresearch.org)).

O veamos las recientes críticas así como las ex-



Fecha <b>21.09.2009</b>	Sección <b>Primera</b>	Página <b>29</b>
----------------------------	---------------------------	---------------------

presiones de apoyo a Obama y su fuerte carga racista, a veces implícita y otras implícita. Desde la campaña presidencial y el escándalo del reverendo Wright, con su discurso contra los blancos, hasta la grosera interpelación en el Congreso, pasando por incontables argumentos que no por falaces o absurdos pierden su carga peyorativa. Y esto sucede —insisto— de uno y otro lados de la división política, partidista o racial.

Lo dice con todas sus letras el ex presidente James Carter, que algo sabrá de eso, pues su familia es del sureño estado de Georgia, que tiene su propia historia. No es el único en hacerlo: en un país conocido por su civilidad y trato respetuoso al presidente por parte del *establishment* no dejan de llamar la atención la forma y el fondo de los ataques a Obama, que son groseros y ofensivos.

Tal vez el problema radica en que, a diferencia de los esclavos de *Manderlay* que no creyeron en su propia liberación, Obama sí lo hizo, y actuó en consecuencia...

[www.twitter.com/gguerrac](http://www.twitter.com/gguerrac) [gguerra@gcya.net](mailto:gguerra@gcya.net)